



DON SIMPLICIO.

Periódico Burlesco, Crítico y Filosófico, por unos Simples.

TERCERA EPOCA.

Este periódico se publica los MIERCOLES y SABADOS de cada semana: consta de un pliego. Si el número de suscritores lo permite, se darán cada mes dos litografías, ó dos grabados en madera.

NUMERO 9.

Los números sueltos valen un real, y la suscripcion es de 6 reales adelantados por 8 números para esta capital y 7 en los Departamentos. Las suscripciones se reciben en los mismos lugares de la Revista de México.

TOM. III.

MEXICO, JULIO 29 DE 1846.

MES II.

DESPEDIDA AL MINISTERIO.

Huyes, te apartas, te alejas,
¡Qué dolor! por fin, ¡Abur!
Lloren las tribus del Sur,
¡Llore Taylor, tiemble Tejas!

Esperanza muestra en flor
Pimpollo que tostó el hielo,
Ilusion en este suelo
De algun rey nuestro señor.

¡Tan temprano perecer,
Perecer *siete-mecino*,
Morir en medio al camino
Sin la jornada vencer!

¡Incorporarse y asirse
A las poderosas sillas
Para doblar las rodillas,
Y de repente morirse!

¡Ponerte en tremenda fuga,
Salirte así tan de prisa,
Dejar entre llanto y risa
La sombra de *Picaluga*?

¡Que horror! solo te condenas
Y te apartas en un día,
Sin tu amada baronía,
Sin tu casa con almenas.

Tú el de allende de los mares
Ministro, vas con la afrenta
De no dejar á la imprenta
Rota entre los muladares.

El vivo se cayó muerto,
Tú del Ministerio corres,
Y regresa García Torres
De la orilla del desierto.

Huye el cuervo de Tampico;
No siempre el puesto retoña,
Sobre su ronca zampoña
Tiende el ála y clava el pico.

Tú te vas tambien, ¡me chispo!
Dices: Ministro, te pierdes,
Sin trocar tus borlas verdes
Por la mitra de Arzobispo.

Del ministerio se apea
Pensando en la Inquisicion,
Que faltaba á la nacion
Algo del *exurje mea*.

Al tronar de los cañones,
Dejarnos así, con dolo,
Sin otro *impartibus* solo,
Sin diezmos y sin misiones.

¿Posible es que así te alejes
De tu puesto? ¡pena fiera!
¿Sin encender una hoguera
En que hacer *rosbif* de hereges?

¡Te vas! el cuento está feo,
Y con la angustia punzante
De no cantar al Infante
Un gloria *in excelsis Deo*.

Tú, Brussais de nuestros dias,
Que nuestros males curabas,
Y á todos les aplicabas
Dieta-rígida y sangrías.

A tí te llevan tus piés,
El hado ingrato te aparta,
Si rebajaste una *cuarta*
¿Por qué no las otras tres?

¡Lástima grande! perder
En tus futuros decretos
Los estupendos secretos
De trabajar sin comer.

Si sigue á mas, y si encomias,
Nacion, la obra de sus manos,
Vuelven caras los tejanos
Hallando un pueblo de mómias.

Garrotazo y tente tieso,
Y garrotazo sin pausa.
A cuantos ¡ay! por tu causa,
Les dá el agua en el pescuezo.

¡Ah! perdemos una prenda,
Y en prueba de que le quiero,
Callo, y dejo en el tintero
La ley última de hacienda.

Tú te ahuyentas en un tris,
Sales cual por un postigo,
Sin dejar al enemigo
En Monterey ó San Luis.

Padre del Padre Goriot,
Tú te alejaste despacio;
Mas sin tí queda Palacio
Cual responso sin fagot.

¿Quién publicará en el Diario,
Entre injurias y entre retos,
Providencias y secretos
Que den el triunfo al contrario?

¿Y la trompa de la gloria,
Y el estrombon de la fama,
¿Quién pondrá en una proclama
Un anuncio de orgullo y victoria?

¿Quién á Júpiter durmiente
Pintará en el mes de Mayo
Para lanzar luego el rayo
Con tres RRR al potente?

¿Quién empuñando un papel
Pondrá á los ódios mil sellos,
Representando con ellos
Los amantes de Teruel?

¿Quién levantará una oliva,
Régio haciendo un natalicio,
Para que esté Don Simplicio
Que de la risa se priva?

¿Quién encontrará, Señor,
A un hombre todo primores
Manchado de mil colores
Como blusa de pintor?

Huyes, te apartas, te alejas,
¿Qué dolor! por fin, ¡Abur!
Lloren los indios del Sur,
Llore Taylor, tiemble Tejas.

Se va el hombre, ¡por San Bruno!
Arbol caido, Angel de duelo;
Pero le queda el consuelo
De que no lo ama ninguno.

¿Dó está el antiguo dominio,
Dónde está, que no se esplaya,
El que apresó en Tacubaya
Al Arcángel de Esterminio?

¿Y Goriot! Triste fracaso;
Todos se van, ¡estupendo!
Mas dejen al Reverendo,
Que es alhaja de traspaso.—DON SIMPLICIO.

VIAGES DE TIO TRISTAN A LA LUNA.

(Continúa.)

CAPITULO II.

ADUANAS.—CAMINO.—LADRONES.

Llegamos á un punto en que la régia carroza cesó de volar; descendimos de ella y se disipó como la niebla ligera. Estábamos al frente de un gran edificio; mi primer movimiento fué de risa, porque, no obstante las colosales dimensiones de él, tenia todo el aspecto de una ratonera.

Al momento de nuestra llegada aparecieron unas figuras estrañas: el rostro, el cuello, y el esbelto pecho lo tenían como los mas gallardos habitantes de la tierra; pero desde el pecho cobraban la figura de enormes áves de variado y riquísimo plumaje, y sus piés tenían garras como las áves de rapiña. No sé si aquellos animales tendrían la facultad de volar; sus miradas á mí eran de una sorpresa y de una avidez que me alarmaron.

Mi mudo conductor sacó del bolsillo varias cadenillas de oro finísimo y las echó al cuello, disimuladamente, de aquellos monstruos que al simple contacto del poderoso metal parecieron petrificados, dejándonos el paso franco y paseándose en direccion opuesta con todo el aire de la integridad y de la conciencia satisfecha.

Admiróme el fácil acceso por estas aduanas, recordando la noble rigidez de las nuestras, y sus empleados inaccesibles al soborno.

No me es dado describir la risueña fertilidad del terreno delicioso en que me encontraba.

Por todas partes la vegetacion era exuberante; altos y robustos árboles elevaban sus copas á los cielos; las rocas de las montañas cercanas resplandecian como topacios; záfiro y diamantes murmuraban en todas direcciones los cristales de los límpidos arroyos, y las aves poblaban los vientos de armonías celestiales.

Un grupo de habitantes de la luna nos esperaba: acercámonos á él, y una exclamacion de sorpresa nos saludó.

Era una reunion incapaz de describirse: las fisonomías todas eran de mortales. Algunos tenian sus formas todas como nosotros; ademas, blancas y resplandecientes álas, que fijas debajo de los brazos, caían garbosas á su espalda. Otros tenian la mitad del cuerpo como racionales, y la otra, ya de áves, ya de animales como el cerdo, el caballo, el toro, &c., &c.

Saludé afectuoso; respondieron con palabras que yo no comprendí, y uno de aquellos, con rostro amable, aunque terminando como zorra, me tomó por el brazo, y conduciéndome á una especie de carruaje, se introdujo conmigo en él, y partimos.

El idioma en que pretendia hablarme, era de una acentuacion dulce y cantable: cuando parecia exaltarse era una cancion, ya apacible, ya apasionada su conversacion; mis señas las comprendió al momento, y yo me prendé de su afabilidad.

El carruaje daba tumbos y parecia volcarse á cada instante; yo aventuré mis indicaciones sobre el pésimo estado del camino; pero el Tildiii [que así le llamaban todos], pareció sorprenderse de mi observacion, haciéndome seña en la palma de la mano, que si estuviese plano no se rompería el coche, y por consiguiente no comería el carrocer. La reflexion me convenció: si en México se persuadieran, decia entre mí, de esa máxima, no importunarian al gobierno con la compostura de los caminos.

Habiamos andado unas tres leguas, cuando mi conductor sacó unas monedas, se quitó sus adornos mas vistosos y me obligó á que hiciese lo mismo, poniendo todo al extremo de un garfio que habia para ese objeto en el pesebron del coche, y suspendiendo, todo fuera de la portezuela.

A poco se oyó un estruendoso tropel; demudóse mi compañero, sonaron algunos tiros, y rodeando con confusa grosería nuestro coche varios lunáticos, se acercaron con el mayor desenfado, llevándose cuanto teniamos; pero dejándonos en paz luego que vieron que todo estaba puesto en el palo.

Yo no comprendia nada de cuanto pasaba, y comencé á temblar de encontrarme, entre bandidos; pero la sonrisa afable del Tildiii me serenó, y con mil trabajos me dió á entender que eran guardas tambien; pero que á los unos se les daba, y los otros lo quitaban cuando no se tenia la deferencia que él; es de notarse que á todos les estaba prohibido, con pena de muerte, estropear á los viajeros: piedad que me pareció una burla espantosa. ¿Adónde he venido, decia yo, á un pais en que los malhechores tienen estas prerogativas?—Estaba indignado; dióme á entender mi compañero, que si donde yo vivia no habia aquello.

Yo solo le contesté con un gesto que decia la diferencia de la civilizacion á la barbarie, y de un pais como el nuestro, regido, por leyes sábias y protectoras, y aquel que me recibia con tandesagradables impresiones.

Sonrió el Tildiii, puso una sobre otra sus velludas y repugnantes piernas, y por señas, me dijo que aquellos robos distribuian la riqueza, nivelaban las fortunas; que si á uno lo robaban al entrar, al salir los viajeros eran los ladrones, que un pañuelo ó un reloj vale bien poco en comparacion de la plata que estraian los estrangeros de un modo mas disimulado; pero reprobado igualmente.

Yo estaba aturdido con aquel raciocinar inicuo, me cubrí el rostro con ambas manos, quedé sumergido en mi asombro doloroso, y sentí rodar una lágrima de mis ojos.

[Continuará.]

REMITIDO.

Sr. Don Simplicio.—Con vd. hablo: tire de la brida á su andante, y si no obedece, háblele en caló, ó vea lo que hace: ¡cáspita! Poco faltó para que me derribara con todo y mi mula flaca, porque como estoy cogitabundo y metafísico, no reparé en que venia vd. á topar conmigo, con ese retablo que de buena gana lo viera yo trasuntado en las ataharras de mi recua. Ese modo de cabalgar que vd. tiene, no es del *progreso*; porque ¡á quien le ocurre acoplarse en un animal, mirando éste para atras y el cristiano para adelante, ó al revés!

Pero tratemos de un asunto, ya que se presenta la ocasion: dígales vd. á sus amos, que denuncien á las autoridades las tropelías, injusticias, y otras cosas peores, que hacen ciertos señores con nosotros los arrieros, y por eso no quereinos entrar á la ciudad; pero sin embargo, vienen hasta este parage de los Ahuehuetes á estorcionarnos. No se le olvide, amigo. Adios.—Un Arriero.

REBUZNO.

EL EJERCITO.

El gobierno ha pretendido una autorizacion de la gran junta para promover, á grado superior, á varios gefes del ejército. Esta solicitud ha alarmado justamente, no solo á los ciudadanos que ven en ella una amenaza á sus intereses por las contribuciones que necesariamente se impondrán para sostener esos nuevos empleos, sino los militares que ven se les ataca inmediatamente con mas usurpaciones y postergas. Así, pues, la iniciativa del gobierno es impolítica bajo todos aspectos y anti-económica, especialmente cuando nadie cesa de lamentar los efectos de las revoluciones, porque lo único que han producido es, ese inmenso guarismo de oficiales, gefes y generales, tan inútiles como gravosos, y que han precipitado á la hacienda pública á una próxima bancarrota. El pais necesita de ahorros, de economías, y en su lugar se promueven nuevas erogaciones.

Lo mejor que tuvo la revolucion, de glorioso recuerdo, del 6 de Diciembre, fué que no se dieron ascensos; y esto mismo fué la única bondad que se le atribuía á la de S. Luis. Esto prueba que la nacion no está por esa disposicion de aumentar los empleos militares, y antes, por el contrario, anhela por la supresion de muchos, para que la brillante carrera de las armas recobre su lustre y el aliciente que es tan necesario en la actualidad para que los defensores del honor de México sean inspirados de heroismo y de verdadera gloria, y los premios que se les decreten no se desprestigien con hacerlos vulgares concediéndoselos al inepto y al cobarde, ó cuando menos, al que ha obrado de una manera comun, sin ninguna particularidad, segun requiere la Ordenanza.

Por otra parte, á mas de la odiosa rivalidad que excitan esos empleos, ¿cuál es la ventaja, cuál la necesidad que hay de que se otorguen? Y, ó esos gefes á quienes se trata de ascender á empleos superiores ¿tienen patriotismo, ó no? Si lo primero, no necesitan de ascensos para servir con celo y entusiasmo á la patria, como lo han acreditado en otras naciones, y últimamente en Nueva-Granada sus dignos militares; y si lo segundo, hombres que no tienen desprendimiento, que no son generosos, y que se manifiestan interesables, no pueden ser buenos militares, porque al buen soldado lo inspira, no el interes, sino la gloria. Ademas, ó esos gefes tienen la capacidad necesaria para desempeñar el empleo superior, ó no: si la tienen, no necesitan ni del despacho ni del uniforme para desarrollarla, porque sin que se les ascienda tienen el deber de hacerlo y de servir á su patria, la que, interin no se acrediten en el campo de batalla y manifiesten que han hecho grandes servicios, no está obligada á recompensarlos. Si no la tienen, de nada les vale que los hagan generales, y los vistan á la Federico y á la Napoleon, porque no es el uniforme lo que dá la ciencia, sino el estudio, el ejercicio y la práctica.

Insufrible es considerar, que antes de que manifiesten si son capaces y acreedores de tales nombramientos, se les concedan á esos gefes á quienes se pretende agraciarse. Mas si se llega á hacer uso de tales facultades, y esos gefes admiten semejantes ascensos, podemos desesperar para siempre del pundonor militar, porque, ¿quién siendo delicado y valiente ha de querer ceñirse la faja de general sin haberla conquistado con la espada en la mano? Para ponerse, sin remuneracion, las insignias del empleo inmediato, es necesario haber enrojecido con sangre propia las antiguas: y no siempre basta esto, porque son necesarios la dignidad y el denuedo.

Si antes de emprender la campaña se conceden los ascensos, ¿qué será en el curso de ella y á su término? Esto solo hace meditar seriamente en la especie de servidumbre en que caeria la nacion, servidumbre en nada diferente de la que le impondria el orgulloso conquistador. Varias otras reflexiones nacen á primera vista sobre estos particulares, y que omitimos, por ahora, por no ser difusos, pero que reservamos esponer para otra vez, concluyendo con excitar á nuestros militares, que sin más estímulo que el amor sagrado de la patria, el honor y la gloria, y á la vista de sus águilas, se lancen al encuentro del enemigo. Así, y llenando las esperanzas nacionales, los pueblos en masa les decretarán recompensas; y harán una cosa mas honrosa, les ceñirán los laureles de la victoria.

SOLIQUIOS ASNALES.

Bien pensado, no estamos los mexicanos tan mal que digamos, por que si por un lado viene Taylor á Monterey con ocho mil hombres, por el otro vendrá el *Vuudeville*, y con eso y tener cubiertos nuestros gastos, hasta la noche buena, como dizque aseguró el Sr. Iturbe, algo se puede hacer; tanto mas, habiendo un licenciado en Guadalajara que les ha enredado el pleito á seis generales, y con la revolucion del Sur cuasi estinguida, desde antes de comenzar.

En fin, no faltará general que vuelva á la vida doméstica: yo á algunos conozco como que era de la arma! ¡y sin pedirlo! ¡sobre que yo solo me puse capitán Soneto! Nunca resplandece mas el casco de Marte que cuando se le enlaza la oliva de Minerva, por eso es que en la sociedad Lancasteriana, de que tambien soy sócio, hemos hecho prodigios de valor.

Solo mi simpliciana mollera pudo haberme inspirado la idea de anular mi capitania de Boleros y mis grados superiores, mas que los de mis gefes, por desgracia fantásticos. ¡Volver á simple paisano con mis tamaños! ¡Voto val! ¡Defendiendo la virginidad de mi espada, con mis travesurillas de ingenio, con mi política de arco-iris, por sus varios matices, y por ser símbolo de paz, con mi conciencia de goma elástica? ¡Cuánto hubiera hecho! . . .

¡Váyanme vdes. ahora á ver de contendiente con Goriot, dos mosquitos que quieren componer el mundo y que se dan en espectáculo, como los perros sábios: ¡Cómo no supo estas lides de insectos, Villavisosa antes de componer su Mosquée?

A propósito de Mosquée. Ven acá D. Simplicio, ¿no sacudirás tu látigo sobre ese enjambre que rodea, y zumba, y se rebulle inquieto al rededor del Sr. general Bravo? ¡Qué hace!—Le aconseja.—¡Hay mas que seguir el caminito andado?

Confesor Fr. Lucas.—Segundo golpe de Estado, la resurreccion del *Tiempo*.—Llamar al Gabinete que estaba, que es cual mayor que otro ninguno para esto de la política asnal.—A la chusma parlanchina, impresores inclusive á Tlaltelolco.—A los empleados dieta y sangrías.—A los pueblos ni un fusil ni un cartucho; cuando mas, mas, una contribucion cada semana, para que no se diga que de un salto se les zabulle en el olvido.—¡Amagan los indios bárbaros! con proteger á los jesuitas todo se compone. . . ¡Falta popularidad! llámense á tres ó cuatro lumináres del congreso que pidan horca y cuchillo para los inquietos. ¡Cáspita con las indirectas! Y sobre todo, con las dos columnas que formen, en lo físico, los cuerpos del comercio, que ya para el año de 1850 asombrarán, ¡tendrán de fuerza, calculando bajo, mas de una compañía, sin contar con los pitos!

En lo moral, ¿qué mas dá? Con el Diario del gobierno y con el Padre Goriot, y su lego Fr. Antolin Municipio, bien puede el nuevo magistrado dormirse, por mas que truene sobre su cabeza la tempestad? . . .

Todo esto pensaba el buen D. Simplicio, á quien lo sacó de su éxtasis profundo el rebuzno de su pollino, que parecia decirle:—*¡Véte con tiento!*

Sin embargo, para terminar su soliloquio, dijo satisfecho:

¡Ay! ¡ay! de tí Nicolas,
Mira bien por donde vas,
Mira que yo te lo digo
Como amigo
¡Nicolas!!!—*Don Simplicio.*

DON SIMPLICIO.

México, Julio 29 de 1846.

ESPLICACIONES.

Don Simplicio ha tenido la simpleza de afirmar que “el redactor del *Imparcial* y la persona á quien él llama el capitán Iscariote, son iguales.” Nosotros desafiamos simplemente á D. Simplicio á que pruebe la existencia de la igualdad que quiere dar á entender.

[*El Imparcial.*]



Dije bien ó dije mal,
Será una Simpleza nueva,
Pero arriba está la prueba
Que nos pide el *Imparcial*.

CORREO DE VERACRUZ.

El escorbuto sigue haciendo estragos en la armada enemiga, hasta el punto de que se aseguran pasar de 100 los buques fondeados en Isla-Verde. El Locomotor, de que tomamos la anterior noticia, dice que corre valida la voz que el Comodoro ha dispuesto que los buques que se presenten al puerto, no fondeen en lo sucesivo en Sacrificios.

El Indicador del día 25 dice:

“Las dos piezas de artillería que salieron ayer con direccion á Jalapa, han vuelto á regresar hoy, é ignoramos aún la verdadera causa que ha habido para ello.

Nos escriben de Soconusco, lo que sigue:

“No sabemos por qué no ha asistido al congreso el Sr. D. Tirso Vejo, ni como su patriotismo le permite continuar en su *bonna vita* de San Luis Potosí.

Algunas personas del interior aseguran que el general Taylor, á la cabeza de ocho mil hombres, se dirige á Monterey. Nosotros, refiriéndonos á cartas recibidas de ese rumbo por el correo pasado, creemos que no son del todo exactas esas noticias; pero si lo fueren, nos cabe el consuelo de que de hoy á mañana debe salir de la capital el resto del ejército de reserva.

Después de dos meses de destierro en que ha padecido la persona é intereses de D. Vicente García Torres extraordinariamente, la loable piedad del señor ministro de la guerra lo restituye á sus hogares: el Sr. Torres debe espresar su reconocimiento á sus libertadores.

En tiempo del vireino colonial, cuando se mandaba azotar á un indio, se le obligaba á besar la mano y dar las gracias humildemente al señor alcalde mayor ó subdelegado que le habia hecho tanto favor.

MINISTERIO.

Nada positivamente se dice acerca de nombramiento del nuevo ministerio: se anuncia, aunque con vaguedad, que ocuparán las secretarías de estado algunos de los señores siguientes.

Relaciones exteriores y gobernacion: D. Francisco Fagoaga, D. Manuel E. Gorostiza, D. Luis G. Gordoá.—*Justicia:* D. Fernando Ramirez.—*Hacienda:* D. Antonio Garay.—*Guerra:* D. Ignacio Mora y Villamil.

AL PADRE GORIOT.

Nuevo Quijote, por cierto,
Cual fidalgo, pluma en mano,
Retaste al Republicano.
Y desfaciste un entuerto.
Pero me atrevo á decirte,
Que firmarte fué importuno,
Pues no pueden confundirte,
Padre Goriot, con ninguno.

MEXICO: 1846

Imprenta de la Sociedad Literaria, á cargo de D. Revilla,
Calle de Sta. Clara núm. 23.